

1868, 13 de Agosto.

TERREMOTO Y MAREMOTO EN EL SUR DEL PERU Y NORTE DE CHILE

Traducido del artículo "Some Personal Experiences with Earthquakes"

Por el Contralmirante retirado L.G. Billings. U.S. Navy
Nat. Geog. Magazine Vol XXVIII
No. 1, Washington D.C. Jan 1915.

La situación de Arica.-

La ciudad estaba pintorescamente situada en una hendedura o valle que cruza la cadena costanera de los Andes. A través del valle corre un pequeño río que proporciona agua para el regadío y que hace florecer al desierto con una fertilidad sorprendente. Por otra parte está bloqueada por los farallones perpendiculares al Morro y que tienen unos 500 pies de elevación, los cuales no presentaban grietas que dañaran su imponente frente, azotadas siempre por las olas del poderoso Pacífico; sobre las cumbres gradualmente inclinadas, ascendían una sobre otra hasta que se perdían en las nubes.

La ciudad tenía una antigüedad casi desconocida, había sido una población indiana asentada allí cuando los españoles invadieron el país y la tradición asegura que aún los Incas hallaron gente viviendo allí cuando a su vez fueron conquistados.

Favorecido con un clima casi delicioso, con una temperatura que variaba de 70 a 80 grados (Fahrenheit), con un cielo azul y despejado nunca oscurecido por tempestades o lluvias; se desconocían las fiebres y epidemias; parecía un Eden hasta que encontramos nuestras "hojas de rosas arrugadas" ajadas en forma de una miriada de voraces pulgas que aguijonearían a un distraído ser humano, luego descubrí que sería necesario la causa de una serie de olores que hubieran echado al olvido la famosa ciudad de Colonia.

Tras de estas menores molestias, se observaba el temor de los nativos de que podía haber en Arica un otro terremoto, que parecía ser un "centro principal" de tales turbaciones sísmicas, ya que antes había sido dos veces destruida, con grandes pérdidas de vida.

Sin simpatía con los temores de los nativos.-

En ignorancia de lo que realmente era un terremoto, no simpatizamos con sus temores y habíamos celebrado con fervor nuestro cuarto aniversario nacional y los de ellos el 10 de Julio con abundante quema de pólvora. No estuvimos sólo en la rada -nuestro barco-almacén "Fredonia" y el buque peruano de guerra "América", como varios aparejos de cruzamen, estando en nuestra campaña una completa flota de mercaderes.

Aún cuando el ancladero de Arica era un fondeadero que tenía una extensión casi ilimitada y protegida en parte de los vientos alisios prevalecientes en la isla del Alacrán, protuberancia arrancada del Morro por una anterior convulsión. Todos los mercaderes estaban algo apiñados a sotavento de la isla cercana al Morro, quizás a un cuarto de milla del fondeadero común de los marineros y más o menos a la misma distancia de la playa. Los marineros anclaban casi al frente de la ciudad.

Las embarcaciones estaban situadas a una distancia cercana de 200 a 300 brazas del agua. El fondo marino era una meseta algo arenosa que gradualmente se inclinaba desde 40 a 50 en unas cuantas millas y luego decaía abruptamente a grandes profundidades.

Cuando la tierra tembló.-

"Era el 13 de agosto de 1868 cuando la tremenda calamidad llegó sobre nosotros como una tormenta en cielo despejado, abrumándonos a todos en una ruina común.

"Me encontraba sentado en la cabina con el comandante, en torno de las 4 de la tarde, cuando fuimos sorprendidos por una violenta vibración de la nave, similar al efecto producido después que se deja caer el ancla y los eslabones de la cadena rugen al pasar por los escobenes. Sabiendo que no se trataba de esto, corrimos al puente. Mirando hacia la costa llamó inmediatamente nuestra atención una gran nube de polvo que se aproximaba rápidamente desde el Sudeste, mientras crecía la intensidad del terrible rugido. Delante de nuestros ojos estupefactos parecía que las colinas coabeceaban, el suelo se ondulaba como cortas olas picadas por un mar agitado.

"La nube envolvió a Arica. En el instante mismo se difundían, a través de un velo casi impenetrable, los gritos pidiendo socorro, el estruendo de las casas que se derrumbaban, y miles de ruidos entremezclados de una gran calamidad. Mientras tanto, nuestro barco era sacudido como por una mano gigantesca. Después la nube pasó por encima de nosotros.

"A medida que el polvo se disipaba, nos frotábamos los ojos y mirábamos, casi sin llegar a darles crédito, porque allí donde hacía pocos instantes se hallaba una feliz y próspera ciudad de vida febril, no veíamos sino una masa de ruinas sacudidas, donde era difícil distinguir una casa en pie; ningún edificio quedó indemne; en las calles bloqueadas por los escombros, entre las ruinas se debatían los heridos menos graves y los desafortunados aprisionados por los escombros de los que habían sido sus felices hogares; gritaban, gemían de dolor y llamaban pidiendo socorro con voces que desgarraban el aire.

"Sobre todo este cuadro de terror el Sol brillaba despiadado desde un cielo sin nubes; el mar se desplazaba hacia la costa tan rápidamente como antes. ¿Cuánto tiempo duró esto por lo menos? Ninguno de nosotros tomó nota del tiempo transcurrido. Parecía una pesadilla después de la cual debíamos esperar. Pero la agonía y el sufrimiento que estaban delante de nosotros eran demasiado reales y evidentes para ser efectos de la imaginación.

"El choque podría sobrevenir en cuatro o cinco minutos hasta alcanzarnos y pasar...

Preparándose para lo peor.-

"Nuestro prudente comandante dió las órdenes necesarias para prepararse para lo peor. Hizo descender las anclas suplementarias, cerrar las escotillas, amarrar los cañones, y tender cuerdas salvavidas. En algunos momentos todo se realizó en orden por bien disciplinados hombres de guerra, como si se prepararan para entrar en batalla. Muchas manos realizaron una labor rápida y en pocos momentos estábamos preparados para la emergencia.

"Mirando otra vez hacia tierra vimos cómo los sobrevivientes atravesaban la playa y se apretujaban sobre el pequeño muelle, llamando a los barcos para ayudarlos a sacar a sus seres queridos de las ruinas y transportarlos a la aparente seguridad de las naves ancladas. Esto era más de lo que podíamos soportar y se dió la orden de preparar el desembarco de 40 hombres para enviarlos a tierra, provistos con palas, picos, etc. La yola, una ancha embarcación ballenera con doble cantidad de bancos, dotada con una tripulación de 13 hombres, salió de inmediato. Alcanzó la playa y desembarcaron dejando un sólo marinero para cuidarla.

Dando el saludo de los valientes.-

"Nuestra atención fue desviada de los trabajos del equipo por un ronco murmullo. Mirando hacia la playa, vimos con horror que ya no había nada donde momentos antes se hallaba el muelle atestado de seres humanos: todo había sido tragado en un instante. En medio de ese naufragio vimos como la yola y su cuidador fueron arrastrados por la ola irresistible hacia el alto acantilado vertical del Morro, con el valiente marino que luchaba para contrarrestar la corriente. Comprobando que sus esfuerzos eran vanos y que le esperaba una muerte segura, tendió su remo y, corriendo a popa hasta el asiento del timonel, arrancó la bandera de la embarcación y la agitó como última despedida a sus camaradas hasta que la yola desapareció para siempre en la espuma que chocaba contra la roca cruel al pie de los Andes. De este modo la "Wateree" perdió al único hombre de su tripulación de 235 almas en aquel día fatal.

Otras dificultades que nos sobrevinieron.-

Pero nuestras tribulaciones comenzaron entonces. Fuimos alarmados por un terrible ruido de la playa, como se procediera de las descargas de los mosqueteros durante varios minutos. Nuevamente la tierra se onduló en una y otra dirección. Esta vez el mar se retiró hasta que la nave quedó varada, mientras quedaba totalmente al descubierto, hasta donde podíamos mirar, el fondo rocoso del lecho del mar, nunca antes expuesto a la mirada humana,

mostrando peces monstruosos de las profundidades dejados en seco.

"Las naves de fondo redondeado rodaron sobre sus costados, mientras que la "Wateree" descansó sobre su fondo plano. Después que el mar regresó, no como una ola sino más bien, como una enorme marea, hizo rodar a nuestras infortunadas naves compañeras, con la quilla por encima de los mástiles y otros restos de naufragio, mientras que la "Wateree" indemne, se elevó fácilmente sobre las aguas agitadas.

"Desde ese momento el mar parecía desafiar las leyes de la naturaleza. Las corrientes se lanzaban en direcciones contrarias y nos arrastraron hacia diversas direcciones con una velocidad que jamás habríamos alcanzado si hubiésemos avanzado a marcha forzada de las máquinas a vapor para salvar nuestras vidas. A intervalos irregulares se repitieron las sacudidas del terremoto, pero ninguna fue tan violenta y duradera como la primera.

En la corbeta acorazada peruana "América" considerada como una de las naves más rápidas de la época, habían elevado rápidamente la presión de las calderas con el propósito de alejarse de la costa antes que se retirara el mar. Estaba afuera cuando las aguas que se retiraban la dejaron parcialmente a flote, rompieron el fondo de su casco y destruyeron sus calderas. Con sus hornallas que seguían vomitando humo negro y, aparentemente, bajo el control de su gente, retrocedió hacia el impotente pontón "Fredonia", que entonces era llevado rápidamente hacia el morro, como si intentaran ayudarlo.

"El comandante Dyer, al mando del "Fredonia" observó la maniobra, y, pensando que la 'América' estaba en su ayuda, y que, una mayor aproximación sólo podría implicar la destrucción de ambas naves, corrió a popa y gritó hacia el barco que se aproximaba a pocas yardas de distancia: '¡Ohé! ¡No podeis hacer nada por nosotros, nuestro casco está roto! ¡Adios!' Entonces, en esa situación, en medio de su silencio, la tripulación retrocedió y corrió otra vez. Un momento después el 'Fredonia' se estrellaba y de esa desafortunada tripulación ni uno sólo se salvó, cuando una contracorriente desviando a la corbeta peruana la impulsó rápidamente en otra dirección...

"Las palabras no pueden expresar el aspecto espantoso de la escena. Nuestra imaginación, agitada por lo que terminábamos de experimentar nos hacía sentir como si hubiese llegado el día del Juicio Final y que la Tierra iba a desaparecer. La amargura de una muerte tan terrorífica que ninguna imaginación podría haber concebido, estaba ahora delante de nosotros.

"Cuando ya se hizo oscuro, no podíamos conocer dónde estábamos por la ausencia del faro de siempre y la extinción de las luces de la costa, lo cual se sumaba a nuestra confusión. En torno de las 8:30 p.m. el vigía llamó al puente de mando e informó la proximidad de una gran ola. Mirando hacia el mar vimos, primero, una delgada línea fosforescente que se levantaba cada vez más alta hasta que parecía tocar el cielo. Su cresta, coronada con la luz mortecina, mostraba las sombrías masas de agua de abajo. Precedida por el rugido de miles de rompientes combinadas, finalmente, la espantosa ola estaba sobre nosotros. De todos los horrores de aquellas horas terribles, éste era el peor. Encadenados al lugar, sin posibilidad de escapar, con todos los preparativos que la prudencia humana podía

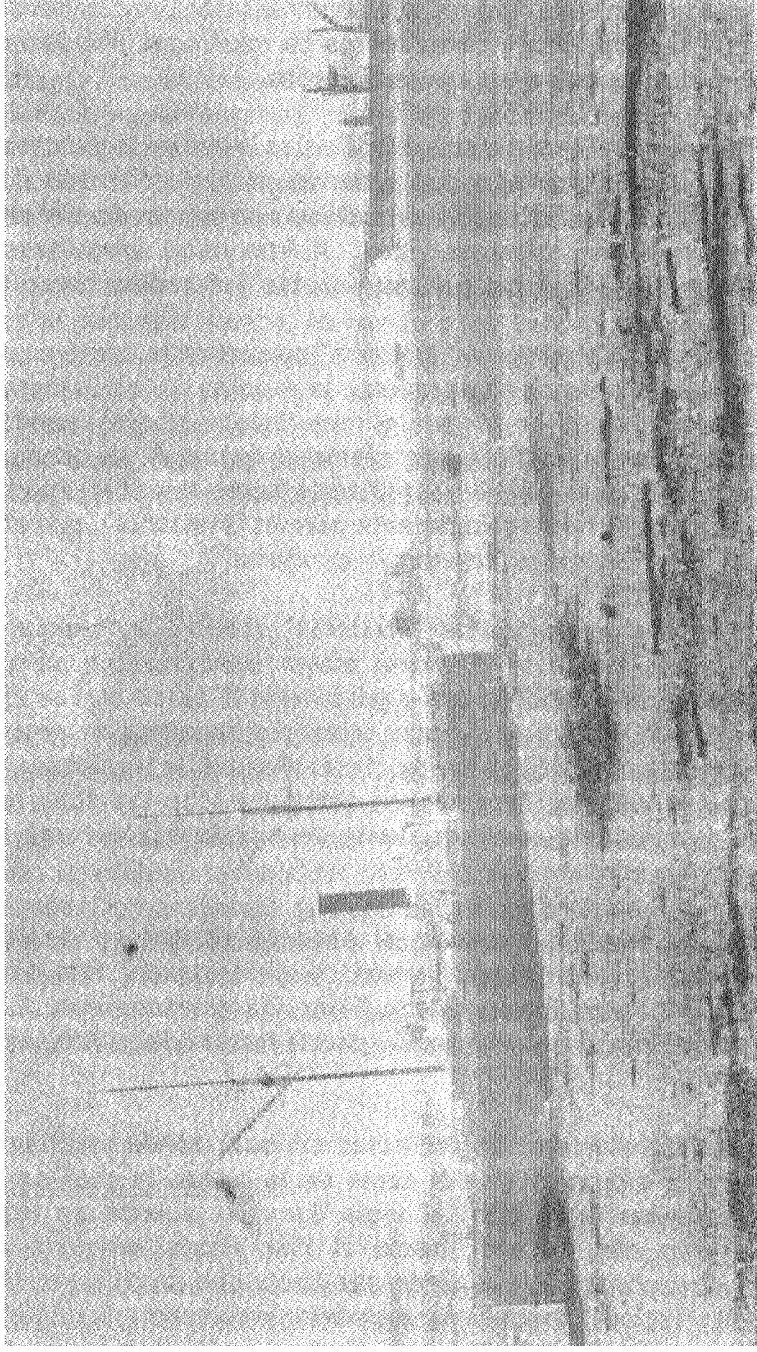


Foto: Efectos del Tsunami de 1868 en Arica

sugerir, no podíamos sino esperar la llegada de la ola monstruosa, sin la alentadora ayuda de la acción. Que la nave pudiese pasar a través de esa masa de agua arrolladora nos pareció un imposible. Sólo podíamos agarrarnos de las cuerdas salvavidas y esperar la inminente catástrofe.

Por fin la gran ola sísmica.-

"Nuestra valerosa fragata fue cubierta y sepultada profundamente por una sólida masa de arena y agua. Quedamos sumergidos, sin respirar por lo que parecía una eternidad; después, mientras gemía cada viga, nuestra marinera, pero antigua 'Wateree', luchó nuevamente para llegar a la superficie. Con su tripulación jadeante y todavía aferrada a las cuerdas salvavidas. Hubo unos pocos seriamente heridos, contusos y golpeados, ningún muerto y ni siquiera uno perdido. Nos pareció un milagro y, cuando miró retrospectivamente a través de los años, ahora me parece doblemente milagroso...

Encontrándonos en la altura y secos.-

"Por la mañana el Sol se levantó sobre una escena desoladora, raras veces contemplada. Nos encontrábamos en la altura y secos en una pequeña abra o, más bien, en un recodo respecto a la línea de la costa. Habíamos sido arrastrados unas 3 millas y cerca de 2 millas sobre la tierra. La ola nos había transportado sobre las dunas de arena que bordean el Océano, a través del valle y por encima de la vía férrea, dejándonos al pie de una colina costera de los Andes. En la ladera casi perpendicular de la colina, nuestro navegante descubrió las marcas de la gran ola, y, mediante mediciones comprobó que ella había sido de 47 pies de altura, sin contar la cresta. Si la ola nos hubiese llevado 200 pies más lejos, inevitablemente habríamos sido arrojados y despedazados contra la ladera de la colina.

"Descansamos carenados sobre una base llana, como si la nave permaneciera a flote, con nuestra bandera desplegada y nuestra ancla de puerto y 100 brazas de cadena extendida tan cuidadosamente como hubieramos podido chocarla allí. ¿Habría sido posible que nuestra ancla más pesada y su cadena, hubiesen sido arrastradas con nosotros a través de todas las perplejidades de nuestro viaje de la víspera? ¿Por qué no se partió esa cadena con el último choque como había ocurrido con las otras?.

"Encontramos cerca de nosotros los restos del naufragio de la gran nave inglesa 'Chanacelia', la cual tenía en torno de su casco las cadenas arrolladas indicando cuantas veces había vuelto a pasar por encima. Algo más cerca del mar, descansaba la nave peruana 'América' sobre sus sentinas. Encima de la arena estaban esparcidos los montones más heterogéneos de un botín que jamás haya alegrado el corazón de un saqueador: pianos de cola, fardos de seda, barriles de brandy, muebles, ropa, objetos de metal; todo objeto imaginable estaba allí. Una estimación aproximada evalúa ese despojo de los objetos que habían estado depositados en la aduana en \$1'100,000 de dólares.